

CONCLUSIÓN

98. Una vez más repetimos que hoy la Patria requiere algo inédito para superar la situación en la que nos encontramos. Al mismo tiempo, reconocemos un firme llamado del Espíritu a través del Papa Juan Pablo II, que nos impulsa a inaugurar con firmeza y perseverancia una nueva etapa de la evangelización de nuestro pueblo. El mandato misionero nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo que los cristianos de los primeros siglos. Para ello contamos con la fuerza del Espíritu, que fue enviado en Pentecostés y que hoy nos impulsa a partir animados por la esperanza.

NMI 40

NMI 58

99. La Iglesia en la Argentina quiere asumir un nuevo dinamismo pastoral y recrear un intenso ardor evangelizador. El Gran Jubileo, como toda experiencia de gracia, ha cumplido la función de desentumecer nuestras piernas para el camino que nos espera. Convertirnos es también renunciar a la inercia y a la comodidad. Hay un nuevo camino que emprender, colmado de una esperanza que no defrauda. No vale la pena demorar la partida.

NMI 59
LPNE 34

NMI 59

JSH 21

100. El Evangelio de Jesús nos ofrece motivos de sobra para alentar esta peregrinación evangelizadora. Su mensaje es el que necesitamos escuchar para alcanzar una vida mejor. No hay excusas que justifiquen la dejadez y las demoras. El Espíritu Santo puede infundirnos toda la fuerza y el impulso que nos hace falta. María es el signo de esperanza más bello que podemos pedir. Naveguemos mar adentro nutridos por la Palabra y reconfortados en el banquete de la Eucaristía.

Que Jesús resucitado, el cual nos acompaña en nuestro camino, dejándose reconocer como a los discípulos de Emaús *al partir el pan* (Lc 24,30), nos encuentre vigilantes y preparados para descubrirlo y correr hacia nuestros hermanos llevándoles el gran anuncio: *¡Hemos visto al Señor!* (Jn 20,25).

